

«El amor es una enfermedad del hígado...»

De *Textos costeños*, Gabriel García Márquez. Obra periodística 1, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

Otro encuentro con Gabo, corresponsal ad referendum de sí mismo.

En esta oportunidad presentamos dos piezas periodísticas de su época de redactor en *El Heraldo*, de Barranquilla, Colombia. «Amor: una afección hepática» fue publicado en marzo de 1950 en la sección *La jirafa*. El otro texto, «Otorrinolaringología» es de junio de 1951. Ambas notas aparecieron en la página 3 y están firmadas por Septimus.

El amor es una enfermedad del hígado tan contagiosa como el suicidio, que es una de sus complicaciones mortales. Sin embargo, ambas han sido convenientemente dignificadas, elevadas a una categoría sentimental, acaso por la imposibilidad de la ciencia para elaborar una terapéutica apropiada. La languidez, la suspirante actitud de las doncellas medievales que derramaban su palidez por una ventana con la misma seriedad con que una lavandera derrama un balde de agua, no era sino el resultado lógico de una alimentación pasada de proteínas.

Pero lo más peligroso de la enfermedad amorosa es lo que ella tiene de teatral. No sólo en su esencia, sino en sus elementos accidentales. Tan pronto como se presentan los síntomas el paciente se vuelve impaciente, elabora argumentos, monta su aparataje escenográfico con el más complicado sistema de bambalinas suspirantes, de consuetas literarios (*sic*), de telones decorados a brochazos de lírica timidez; y empapela las paredes de su pensamiento con cartelones aparatosos que anuncian una conmovedora obra ceñida



a los cánones de un auténtico dramatismo de escuela para después, a la hora de la función, salir con una pantomima. De allí que las más grandes obras de la literatura universal no tengan otro fin que encontrar la vulnerabilidad hepática del lector.

Con el amor, como con toda enfermedad contagiosa, sucede que quien la contrae tiene indefectiblemente a quién cargarle la culpa. Aunque después venga el período del aislamiento, de la cuarentena sentimental en que los dos enfermos, después de innumerables rodeos, logran encontrarse en el sitio espiritual donde su identificación sintomática comienza a acentuarse y su enfermedad a volverse crónica.

Es el período emocional en que el paciente puede ser desahuciado con la epístola de San Pablo. El hígado se anquilosa, la mujer palidece, el hombre

pierde el apetito y se convierte en idiota o en filósofo. No le queda entonces otro recurso que especular sobre la metafísica del olvido, que unos –demasiado precipitados– resuelven con el suicidio, y otros con una papeleta de ruibarbo antes del desayuno.

La palabra otorrinolaringología

De *Textos costeños*, citado.

La cosa iba muy bien hasta cuando a alguien se le ocurrió hablar de la otorrinolaringología. Eramos cinco en torno a la mesa. Un estudiante de medicina, otro estudiante de derecho, otro aficionado a la música, un empleado público y un periodista. Se había hablado de muchas cosas intrascendentes, hasta cuando todos los temas comenzaron a fallar y el estudiante de medicina, recordando tal vez la palabra oída en la clase de esa mañana, se lamentó de tener un dolor en la garganta que le afectaba los oídos. Y después, echándonos a las espaldas la ignorancia y la vergüenza, empezamos a hablar, con la sangre más fría del mundo, de los otorrinolaringólogos.

El primero en opinar fue el empleado público. A su modo de ver, dijo, el otorrinolaringólogo era un mártir de la ciencia, puesto que debía moverse en los medios más difíciles. El estudiante de medicina estuvo de acuerdo. En realidad, según le parecía a él, en ningún campo como en el de la otorrinolaringología tropezaba la ciencia con tantos problemas imprevistos,



con tantas variaciones de la misma dolencia.

Timidamente, el estudiante de derecho trató de hacer un chiste. Dijo: «Esto es verdad. Sobre todo, teniendo que llevar a cuentas la palabra, que no sólo es la más difícil de pronunciar en castellano, sino que

es la más larga, la más complicada y la que por lo general se presta a más equívocos». El estudiante de medicina, también en esta ocasión, estuvo de acuerdo. Y advirtió que él, al escoger una especialidad, se decidiría por todas menos por ésta.

El aficionado a la música, que había permanecido en silencio, dijo con la mayor desenvoltura: «Y, además, la clientela del otorrinolaringólogo es muy escasa. Más aun, es una especie de evolución retrasada, a punto de desaparecer.»

Hasta el momento todos habían hablado menos el periodista que, en ese caso, era yo. En distintas ocasiones había visto la plaqueta en la puerta de una oficina: «Otorrinolaringología». Pero no había tenido la precaución de averiguar el significado de la palabra. Timidamente, viendo que todos hablaban con la mayor propiedad de los otorrinolaringólogos, avergonzado de ser el menos informado acerca de una actividad que tenía tanto que ver sobre tantas cosas disímiles, me atreví a preguntar: ¿Bueno, pero al fin y al cabo, qué es la otorrinolaringología?